

Juan de Dios Peza

## A México

### Poema original:

En las últimas desgracias de España.

Allá del revuelto mar  
Tras los secos arenales,  
Donde sus limpios cristales  
Las ondas van a estrellar,  
Donde en lucha singular  
Disputando a la Fortuna  
Las ciudades una a una,  
De sus guerreros el brío,  
Mostraron su poderío  
La cruz y la media luna;

En esa tierra encantada,  
Que esconde, en perpetuo Abril,  
Las lágrimas de Boabdil  
En las vegas de Granada;  
Donde el ave enamorada  
Repite entre los vergeles  
El canto de los gomeles,  
Y cuelga su frágil nido  
Del minarete prendido  
Entre ojivas y caireles;

Donde soñados ultrajes  
Vengaron fieros zegríes,  
Regando los alelíos,  
Con sangre de abencerrajes;  
donde entre muros de encajes  
Y torres de filigrana,  
Lloró la hermosa sultana  
Amorosos sentimientos  
A los rítmicos acentos  
De una trova castellana;

Allá donde nueva luz  
Alumbró, limpia y serena,

Sobre la morisca almena  
El símbolo de la cruz;  
En ese suelo andaluz,  
Cuyos cármenes hollando,  
Y en otro mundo soñando,  
Cruzaron en su corcel  
La magnánima Isabel  
Y el católico Fernando.

En esa región que encierra  
Tantos recuerdos de gloria;  
En ese altar de la Historia;  
En ese edén de la tierra;  
No el azote de la guerra  
Infunde duelo y pavor,  
Ni causa fiero dolor  
Que mira asombrado el mundo  
El negro contagio inmundo;  
Allí otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades  
Del suelo entre las entrañas,  
Y vacilan las montañas,  
Y se arrasan las ciudades  
Escombros y soledades  
Son el cortijo y la aldea;  
La muerte se enseñorea,  
Y, en medio de tanta ruina,  
Se ve cual llama divina  
La Caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo  
Todo lo enluta y recorre;  
Yace la maciza torre  
En pedazos sobre el suelo.  
Salvarse forma el anhelo  
De los espantados seres,  
Y hombres, niños y mujeres  
Las crispadas manos juntan,  
Y viendo al cielo preguntan.  
"Dinos Dios, ¿por qué nos hieres?"

Recordando en sus delitos  
las bíblicas amenazas,  
Van por las calles y plazas  
Confesándolos a gritos.

Los corazones precitos  
Se niegan a palpitar  
Y todos ven transformar  
Al golpe del terremoto,  
El abismo el verde soto,  
Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro  
Que adornó silvestre yedra  
Y brotan de cada piedra  
Una oración y un conjuro.  
No hay un asilo seguro;  
Ciérnese el ángel del mal;  
Cada fosa sepulcral  
Abrese ante fuerza extraña,  
Y parece que en España  
Comienza el juicio final.

Y entre la nube sombría  
Que el denso polvo levanta,  
El coro terrible espanta  
De los gritos de agonía.  
Y entre aquella vocería,  
Con rostro desencajado,  
El padre busca espantado,  
Con ayes desgarradores  
El nido de sus amores,  
Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida errante,  
Sobre el suelo que se agita  
La madre se precipita  
Por la angustia delirante;  
Vuela en pos del hijo amante;  
El rostro al abismo asoma  
Lo llama llorando, y toma  
Por voz del hijo querido,  
La que acompaña al crujido  
De un techo que se desploma.

En repentina orfandad,  
Trémulas las manos tienden  
Los niños, que no comprenden  
Su espantosa soledad.  
Tan sólo la caridad  
Velará después por ellos,

Curando con sus destellos  
su miseria y su aflicción:  
¡Cómo no amarlos, si son  
Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve  
Ante cuadro tan sombrío,  
Que al corazón más bravío  
A contemplar no se atreve?  
Ante el infortunio aleve  
¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?  
¿Quién de piedad no está lleno,  
Cuando es la virtud mayor,  
Aun más que el propio dolor,  
Sentir el dolor ajeno?

Manda ¡oh, noble patria mía!  
La ofrenda de tus piedades  
A las hoy tristes ciudades  
De la hermosa Andalucía.  
No es favor, es hidalguía;  
Es deber, no vanidad.  
Llaman otro Caridad  
Estos óbolos del hombre,  
Tienen nombre, sólo un nombre;  
Se llaman Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,  
Mezcla ¡oh patria amante y buena!  
Esa pena con tu pena,  
Ese llanto con tu llanto.  
Si al mirar ese quebranto,  
Tu triste historia repasas,  
Verás que angustias no escasas  
Pasó, entre llantos prolijos,  
Por amparar a tus hijos  
Bartolomé de las Casas.